

Siesta

I.m. orthiz



Siesta
I.m. orthiz

Capítulo 1

“No subas tanto”, repetía mi madre constantemente. “No subas tanto, o te pasará lo mismo que a tu padre”. Nunca supe exactamente qué le ocurrió. Cada que intentaba obtener información, mi madre evadía mis cuestionamientos. Comenzaba a hablar del clima, de las corrientes frías, de que la cantidad de plancton disminuía año con año, de lo ridícula que lucía usando un moño rosa en su clavus cuando era un alevín, de que las medusas se volvían más globosas conforme se hacían viejas, y cosas por el estilo. Y claro, era de esperarse que yo me asustara un poco, ya que mi madre medía poco más de dos metros y, en aquel entonces, yo parecía más un pez globo que un pez luna. Los años pasaron, mamá murió y nunca supe lo que en realidad le ocurrió a papá.

Cuando mamá se fue, me acostumbré a la vida solitaria del océano. Aunque, claro, los peces luna somos seres que no gozamos de mucha compañía. De vez en cuando, me encontraba con viejos conocidos que iban y venían sin rumbo, atravesando la vastedad del azul que nos rodeaba. A veces, me gustaba hablar con algunos de los peces más pequeños. Recuerdo mucho a un camarón llamado Renato, el cual era alérgico a una risible diversidad de cosas, sobre todo a aquellas manchas negras tóxicas que aparecían de cuándo en cuándo a nuestro alrededor. - Pero Renato-, le dije una vez, -eso no es una alergia. Es que eso es un veneno y todos somos susceptibles a él-, le explicaba acerca de aquellas misteriosas manchas. Un día, cruzó accidentalmente otro tipo de mancha negra, la cual resultó ser tinta de pulpo. Inmediatamente comenzó a inflarse, tanto como una medusa esférica. Era demasiado lo que se había inflado que terminó estallando.

Durante un tiempo, hice amistad con una atún llamada Flavia. Flavia nadaba con mucha seguridad. Sabía que era hermosa y eso la aventajaba por encima de las demás atunes que la miraban con recelo. Ella sabía perfectamente que, el reflejo del sol sobre sus escamas amarillas y azules, enloquecía a los demás peces. A veces coqueteaba con ellos. Algunas otras, se hacía pasar por mi novia para que mi enorme tamaño ahuyentara a sus pretendientes. Y, a pesar de todo, Flavia era un pez extraordinario. Podíamos pasar horas riendo, hablando de cosas triviales, nadando a la deriva, sin tomar en cuenta el tiempo y las condiciones que nos rodeaban. Parecía que no nos separaríamos nunca, hasta que un día, de la nada aparecieron unas redes gigantescas a nuestro alrededor. Aún la extraño.

Cierta vez, nadaba hacia la nada. Pensaba en mamá, en Renato y en Flavia. Sus recuerdos me llenaron de tristeza. El agua estaba templada y había comido bastante, así que, naturalmente, sentí un poco de sueño. Seguí nadando hasta que vi cómo la luz del sol atravesaba el agua. Me gustaba ver los rayos dorados que llegaban hasta donde nos

encontrábamos, sumergidos en aquella inmensidad que parecía no tener fin. Pensé nuevamente en las palabras de mamá, pero armándome de valor, decidí seguir la luz hacia la superficie. Debido a mi enorme tamaño, me tomó un poco más de esfuerzo llegar arriba, pero al final lo conseguí. El tenue calor del sol tocaba mi húmeda piel y pensé que era la mejor sensación que jamás me había ocurrido. Contemplé a mi alrededor y me encontré nuevamente solo. "Mejor aún", pensé, ya que esa soledad me sería de ayuda para admirar cómo se veía el agua desde arriba. "Después de todo, esto no es tan malo", me dije a mi mismo. Parecían haber transcurrido sólo unos segundos cuando sentí que flotaba. Miré hacia abajo y, efectivamente, me encontraba flotando por encima del agua. Era como si tuviera las aletas de los peces voladores. Me encontraba fuera del agua suspendido en eso que llamaban aire. Incluso me sentía más ligero. Experimenté una gran libertad. Di varias vueltas. Brinqué como lo hacen los delfines. Giré varias veces. Subía y bajaba aprovechando mi nueva ligereza. Recorrí el cielo. Toqué las nubes con mis aletas. Fue lo más emocionante que había sentido en toda mi existencia. Me encontraba concentrado en dar una vuelta sobre mi propio eje cuando escuché una voz familiar: -Así que decidiste no hacer caso-. Era mamá. Me sorprendió demasiado verla. En lugar de asustarme, me llené de alegría. La extrañaba muchísimo. -No está tan mal-, le dije al fin. -Por supuesto que no está mal-, dijo, -pero tampoco está bien. Te ha ocurrido exactamente lo mismo que a tu padre-. En cuanto terminó esa frase, miré rápidamente hacia abajo. Vi cómo mi enorme cuerpo se hundía lentamente hacia el fondo del mar. La calidez del sol hizo que me quedara dormido, y sin haber ingerido agua, provocó que mi existencia física llegara a su fin. Miré apenado a mamá. Ella hizo aquella expresión de ternura que solía poner cuando realizaba alguna travesura. -Ven conmigo-, dijo al fin, -busquemos a papá-. Y, juntos, comenzamos a volar.